

LA BOCA DE LOS MUERTOS

Seudónimo: Jorge Andrés Ojeda

Durante noches escuché esas voces, voces suplicantes, de agonía... ¿ Qué decían en su llanto? ¿ Qué pedían? No podía saberlo, pese a que me pegaba a las paredes de mi estrecho cuarto- que daba al campo- para oírlas. Pese a que a veces salía al campo a tratar de descubrir de dónde provenían. Así, ponía pie en la densa maleza, donde se sentían más agudas las voces... pero no podía descifrar su significado, me ahogaba en la maraña de esos sonidos espeluznantes... ¿ Sería alguien pidiendo auxilio? ¿ Algún niño llorando? ¿ Alguna mujer solitaria agujoneada por la melancolía?, me preguntaba, comido por la curiosidad y por el deseo de calmar esas voces de queja, de ira y de tristeza entremezcladas, para así poder dormir tranquilo en mi cuarto hecho de caña.

Henchido de las ganas de desnudar este secreto, y de apagar este dolor ajeno que se explayaba en mí como un amargo trago de licor, le comenté a un amigo de la ciudad lo que me sucedía en esa casa campestre que había alquilado para descansar de los vahos del ruido urbano y poder ejercer serenamente mi oficio de tejer palabras. Entonces se ofreció a acompañarme a averiguar el enigma. De modo llegó a la casa y se hospedó en mi estrecho cuarto, que era el único que había, pues la casa era humilde y pequeña, valga decirlo. Y esa misma noche, a las 10:00 PM, salimos a recorrer el campo, y llegamos al lugar de donde parecían brotar los sonidos. Pensé que Aurelio- como se llamaba mi amigo- podría tener, o más oído para escuchar las voces, o más tino para dar con el por qué de las mismas o explicar su fenómeno, dado que era aficionado a la magia negra y a la clarividencia. Pero no fue así. Aurelio me confesó su asombro por las voces, y también su miedo al oírlas, así,

descarnadas, punzantes, con sus lamentos desbocados. Aunque no quiso manifestarlo, porque las cosas patéticas de uno no suelen evidenciarse por nuestra misma boca, supe que se orinó en los pantalones, a juzgar por la humedad de su *jean* a la altura de su cremallera. De manera que reí para mis adentros, en medio de mi preocupación por desentrañar el misterio que me tenía en vilo todas las noches. Sin embargo mi risa duró poco, porque Aurelio salió precipitado por los aires al pisar un sector del prado... se oyó una explosión dantesca y llovieron esquirlas de metal a lado y lado... Aurelio no tuvo tiempo ni de gritar... quedó desvencijado sobre el prado, flácido, durmiendo un sueño profundo... Y yo quedé como ves ahora, con el rostro desfigurado por obra de esa... maldita mina...

Tuve, obviamente, que marcharme de la casa campestre, donde no encontré la paz añorada. Por ahí, me dijeron después, había muchos campos minados, y era mejor no arriesgar el pellejo. Estaba triste por la suerte de mi amigo, y me sentía hasta culpable por ella, por haberle contado lo de las voces y haberlo llevado hasta el lugar donde encontraría la muerte, ¿o la muerte lo encontraría- o cazaría- a él? Bueno, en fin, por haberlo metido en asuntos que sólo a mí me competían.

Pero así como sentía pesar por mi amigo, también sentía el alivio de saber que estaba lejos de esa casa y de esas voces que nadaban en su atmósfera. Así lo sentí los días que estuve recluido en el hospital, que aunque adolorido físicamente, con la mente más tranquila, no bombardeada por el martirio. Cuando me dieron de alta, creí que iba a tener más tranquilidad, pues iba a estar en la comodidad y calidez de mi casa, rodeado por mis familiares. Mas no fue así. Una noche, ya estando en mi casa, volví a oír esas voces de taladro, esas voces aguzadas, esas voces suplicantes... No salía de mi asombro, porque estaba lejos del campo, a millas de allí... No obstante lo que más me asombraba- y me sobrecogía- era que ahora sí podía percibir las con mayor claridad, con mayor fuerza, con

mayor cercanía... Y podía escuchar lo que decían: “ queremos venganza, queremos venganza...” Me invadió un torrente de pavor, y una pregunta surgió en mi mente: ¿ por qué hablaban de venganza?, musité para mis adentros, mientras las voces no cesaban de fluir, agudas, filosas... Entonces raudo como el viento salí hacia el campo, hacia el origen de las mismas... Una vez allí, pude sentir las voces con total nitidez, y seguí el camino trazado por ellas, y así pude llegar a su fuente... Eran unos matorrales, que al apartarlos con mis manos dejaron al descubierto un prado de tierra revuelta y seca... Empecé a arañar esa tierra con mis manos, a escarbar en ella, para descubrir el misterio que entrañaba, porque de allí, de esa misma tierra, era que emanaban los sonidos descritos, que se habían hecho mucho más intensos, casi llegando a la estridencia. Pero mis manos no daban abasto para sacar tierra, porque ésta estaba dura, y por ello no progresé demasiado en mi tarea. De modo que busqué algún utensilio para poder ejecutarla con mayor eficiencia. Fue así como me dirigí a la casita donde antes vivía, que estaba deshabitada, y sustraje de su interior una pequeña pala surcada por el óxido, con la cual cavé y cavé hasta hallar... ¡un brazo en estado de descomposición!... Me tapé las narices con mis manos y luego con un pañuelo, y seguí cavando... enseguida apareció una pierna, luego una cabeza, luego dos cabezas, después un torso, luego... Para qué digo más, basta con apuntar que encontré una fosa de cuerpos desmembrados, olorosos a putrefacción, recorridos por hambrientos gusanos... De repente, cuando todavía no salía de mi pasmo, escuché fluir las voces con un nuevo tono, esta vez más melancólico, esta vez con más lamento y con nuevas palabras que explicaban la historia de su muerte: “ queremos venganza, queremos venganza, fuimos torturados y desmembrados, y enterrados en nuestra propia tierra, de donde querían desplazarnos...” Me invadió un raudal de escalofríos, pero también de rabia y de impotencia por lo sucedido a aquella gente. Me llevé las manos a la cabeza, porque no podía comprender cómo el mismo

hombre era el causante de tanta barbarie... No entendía cómo esas personas fueron asesinadas con tanta sevicia por otras personas que supuestamente se tildan de *homo sapiens sapiens*... Y recordé una frase de mi madre: “ no hay que temerle a los muertos, sino a los vivos”... Mas no puedo negar que esas voces me atenazaban, no me dejaban tranquilo, parecían pedir auxilio, eran como almas en pena, que buscaban que alguien hiciera justicia para poder serenarse... En medio de estas voces, de un momento a otro, escuché otras... No eran agudas, eran gruesas, imponentes, y decían: “ quédese quieto, es hombre muerto, por sapo...”. Quise voltear, pero quienes emitían estas nuevas voces me lo impidieron: “ si volteas a mirarnos será más larga su agonía...”, espetaron con crudeza... Entonces no tuve otra opción que ponerme de cuclillas, como me lo ordenaron, y esperar a que me dispararan con los fusiles que blandían y que adivinaba por el ruido que exhalaban al maniobrarlos... Sin embargo, en ese momento una nube de polvo se alzó por el aire, una nube densa que les tapó la vista y así pude incorporarme y salir corriendo lejos de su presencia. ¿ Quién provocó esa polvareda? ¿ El viento? ¿ Las ánimas? Quién sabe, lo importante fue que se produjo y pude escapar de la muerte, y venirme para la ciudad, e informar a las autoridades de la existencia de la fosa. Éstas se dirigieron hacia el lugar que les indiqué y la encontraron, exhumaron los cuerpos, o partes de cuerpos, y una vez identificados con ayuda de personal calificado, fueron reclamados por sus familiares y enterrados dignamente. Creí que así ya descansarían en paz, en la calma del cementerio, rodeados de flores, algunas de las cuales yo mismo compré y puse en sus tumbas. Pero las voces continuaron retumbando en mis oídos: “ queremos venganza, queremos venganza, fuimos torturados y desmembrados, y enterrados en nuestras propias tierras, de donde querían desplazarnos...” . Y todavía hoy resuenan con su ímpetu. No puedo resistir más sus lamentos, su sed de justicia, su hambre de venganza... Por eso he decidido cercenarme las

orejas para enviárselas a los encargados de administrar y aplicar justicia, para que alguno de ellos se las implante y escuche el dolor que sienten los asesinados en esta guerra sucia al saber que su muerte sigue impune.